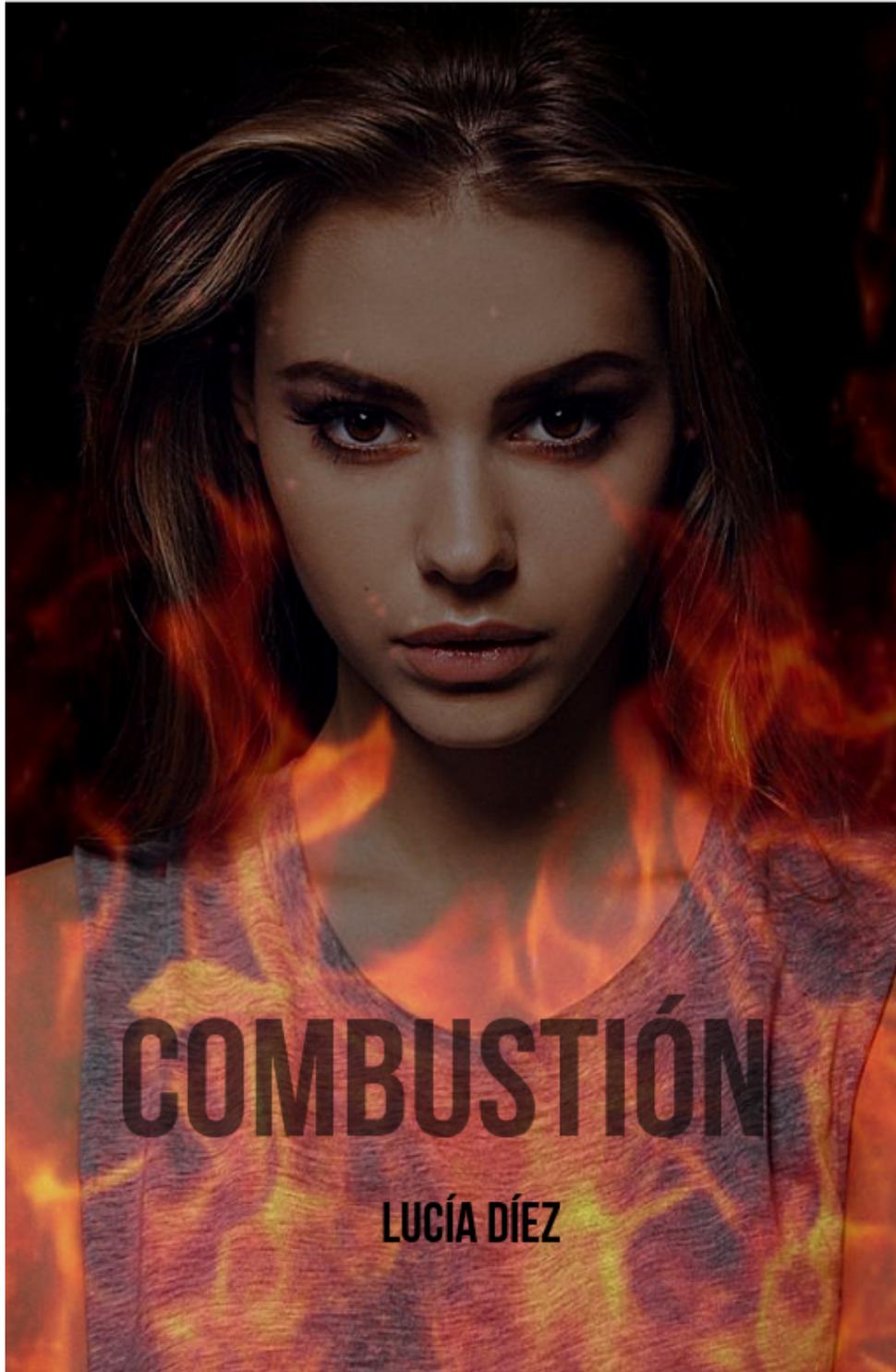


COMBUSTIÓN

Lucía Díez



Capítulo 1

X

"En primer lugar existió el Caos. Después Gea la de amplio pecho, sede siempre segura de todos los inmortales que habitan la nevada cumbre del Olimpo. En el fondo de la tierra de anchos caminos existió el tenebroso Tártaro. Por último, Eros, el más hermoso entre los dioses inmortales, que afloja los miembros y cautiva de todos los dioses y todos los hombres el corazón, el que desata la vida".

- Hesíodo, *Teogonía*.

Capítulo 2

MEMENTO.

El fuerte olor a plástico incinerado inunda de pronto mis pulmones y no puedo parar de toser.

Me ahogo. No puedo respirar.

Intento abrir los ojos, pero la tarea me resulta prácticamente imposible por la cantidad de humo y ceniza que revolotea a mi alrededor, posándose en mi piel. Levanto la cabeza dificultosamente, con un quejido; siento el pelo adherido al cráneo y por las sendas gotas que noto recorriéndome el cuello sé que es sangre.

¿Dónde estoy?

Consigo entreabrir los ojos con esfuerzo, pero lo único que acierto a ver es el refulgir anaranjado de las llamas. Joder. Debería estar quemándome ¿no? O al menos, sentir calor. O sentir algo. Y, sin embargo, una sudor frío me recorre la espalda.

¿He muerto?

Toso aún más, notando cómo se me resquebraja la garganta por ello. No, aún sigo viva. Por desgracia. El dolor comienza a inundarme poco a poco, pero es un dolor muy diferente al que sentiría si estuviera ardiendo. O no, no lo sé. Mi mente se encuentra embotada, la cabeza me va a explotar y no entiendo absolutamente nada.

¿Dónde estoy? Me vuelvo a repetir. ¿Qué está pasando?

¿Quién soy?

Oigo unas sirenas. Puede que sean los bomberos, una ambulancia o la policía.

O ellos.

¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

Mi subconsciente parece querer recordar algo, pero la voz de mi cabeza tan sólo me da una orden. Corre. Todo mi cuerpo reacciona y el corazón me late con tanta intensidad que creo que va a salirse por la boca. Tengo que huir. Pero, ¿cómo? Intento ponerme en pie, aunque las fuerzas

me flaquean. Es imposible. Estoy muerta.

Las sirenas suenan cada vez más cerca y sé que quedarme donde estoy no es una opción, aunque no sabría muy bien decir el por qué. Si no puedes levantarte, arrástrate, me ordena de nuevo la imperiosa la voz de mi cabeza. Mis brazos comienzan a impulsarse por el suelo, consiguiendo reptar lentamente. Siento tanto dolor y debilidad en ellos que sé que no aguantaré mucho tiempo. Ni llegaré muy lejos.

El ruido estridente de las alarmas comienza a intensificarse.

Cada movimiento me raspa más los brazos, haciéndome heridas de las que comienza a brotar la sangre. Muy pronto, siento cómo esta recorre mis codos y el escozor se convierte pronto en una punzante dolencia. Pero ahora mismo ese es el menor de mis problemas.

El sonido es ya atronador y el ronronear de los motores me anuncia que ya están aquí. Más rápido, me vuelve a insistir la voz. No puedes dejar que te cojan. Poco a poco me he ido alejando de la nube que tapaba mi vista y el aire parece un poco más respirable a medida que avanzo. Bien, bien, sigue así. Los brazos se me empiezan a cansar y el dolor aumenta.

- ¡Sacad la manguera! ¡Vamos, no hay tiempo que perder! – Oigo como gritan unas voces a mi espalda.

- ¡Hay que buscar supervivientes! – El barullo comienza a hacerse ensordecedor.

¿Supervivientes? ¿Acaso no estoy sola? Me encuentro a punto del desfallecimiento, víctima del cansancio y las heridas. El humo hace que me lloren los ojos, nublandome la vista, apenas puedo respirar ya y cada bocanada de aire me quema los pulmones. La sangre no deja de aflorar, naciendo de distintos puntos de mi cuerpo. Es el final, tiene que serlo.

- ¡Veo algo moverse! ¡Rápido! – Escucho cómo dicen las voces. Unos pasos se acercan a mí - ¡La veo, es ella!

De pronto, siento cómo me agarran y mi cuerpo se eleva, pero no puedo resistirme, no tengo fuerzas para ello. Me echan al hombro y quedo ahí, colgada, completamente inerte, con la cabeza y los brazos bamboleándose a cada paso que da mi rescatador. O mi verdugo. Quién sabe ya. Por la fina rendija que me permiten ver mis ojos hinchados, distingo el lugar en el que me encontraba; una nave industrial que está siendo devorada por las llamas. Suena un crujido y el techo entero de la nave cae estruendosamente al suelo, siendo imposible luchar contra el incendio. Gritos de dolor y terror nacen del desvencijado edificio mientras las sirenas se intensifican; puedo ver las luces naranjas de los camiones de

bomberos y las azules, de la policía.

¿Qué ha pasado? ¿Dónde me llevan? No lo sé, pero estoy exhausta. Tampoco aguanto más con los ojos abiertos. El cuerpo me pesa mucho más que antes y yo, pobre de mí, no puedo ganarle la batalla al sueño. O a la muerte. Quién sabe. Sea lo que sea, caigo en sus brazos, buscando la paz.

Capítulo 3

CAPÍTULO I

Nos movemos a tanta velocidad que el zumbido en mis oídos se hace ensordecedor y acaba por despertarme. Apenas entreatro los ojos, vuelvo a cerrarlos; siento un dolor tan agudo en la cabeza que parece que el cerebro me va a explotar en cualquier momento. ¿Dónde estoy? Mi cuerpo se mueve inerte en los brazos de alguien. Emito un pequeño quejido que se escapa de mis labios casi sin querer, y entonces, todo se detiene.

- Aguanta un poco más Lexa, ya llegamos – Susurra la voz de una chica, jadeante – Aguanta, por favor – Me suplica, con la voz quebrada.

De haberla podido responder, lo hubiera hecho, pero ella se da por aludida ante mi mutismo: debo tener un aspecto espantoso, casi moribundo. De pronto, el mismo sonido ensordecedor de antes. Siento cómo me aferra a su pecho, protegiéndome del fuerte viento que nos rodea y desordena mis cabellos. ¿Estaremos volando? Prácticamente lo parece.

Desconozco con exactitud el tiempo que ha pasado cuando la joven se detiene de nuevo. La verdad es que a veces siento como si estuviera en un sueño y me resulta imposible discernir la realidad de lo que no lo es. ¿Estoy dormida? ¿Estoy despierta? ¿Me he imaginado todo lo que ha ocurrido hasta ahora? Las heridas y el dolor me advierten de que no es así y que ojalá hubiera sido todo fruto de mi imaginación. En otra situación preguntaría a la chica su nombre, que quién es ella o cómo ha conseguido llevarme en volandas durante tanto tiempo, pero no puedo hablar y los nubarrones de mi mente ciegan por completo mi entendimiento.

Escucho un ruido sordo, luego, el quejido de una puerta. Paso de estar sobre sus brazos a encontrarme tumbada en una superficie mullida. Intento abrir los ojos por milésima vez, pero tengo las pestañas pegadas fruto de la sangre y el sudor. Apenas consigo ver una rendija y distingo una silueta borrosa que se cierne sobre mí. La chica aparta el cabello de mi rostro, acariciándome; su tacto no me resulta del todo desconocido y por primera vez en mucho tiempo, me siento reconfortada. Algo en mí me dice que estoy en muy buenas manos.

- Has sido muy valiente, Lexa, muy valiente – Su voz es dulce, me transmite paz.

Intento balbucear, pero soy incapaz, a lo que ella me manda silencio mientras comienza a acariciarme el brazo.

- Ahora tienes que descansar. Ya ha pasado todo. No te encontrarán.

¿Encontrarme? ¿Quién? Siento cómo algo punzante se inyecta en mi brazo y pocas preguntas puedo hacerme ya. El líquido de la inyección recorre poco a poco mis venas, calmando inmediatamente todo el dolor que siento, apaciguándome mientras me dejo arrastrar al profundo abismo de la ensoñación.

¿Qué son los sueños? ¿Son proyecciones de nuestra vida, de nuestro pasado más o menos reciente? ¿Son aquellas cosas que nos gustaría que sucedieran? ¿Y si son nuestros secretos más oscuros o, por el contrario, los miedos más atroces? ¿De qué están hechos los sueños? Recuerdo encontrarme en una casa, con dos personas que supuse que eran mis padres, aunque no pude acertar a ver sus caras ni recordar sus nombres. Tampoco sentí cariño. Luego, me encontré en un instituto, en una clase de Historia del Arte y por algún motivo supe que eso sí era real. Quizás fue la punzada de emoción que sentí al ver el Partenón, aunque no recordara haberlo visto nunca. Qué extraño. Todo el sueño comenzó a perder sentido y mi compañera de pupitre se convirtió en la araña más peluda que había visto jamás. Genial, ahora sabía que tampoco apreciaba a esos malditos arácnidos. Seguidamente me encontré en un parque, jugando con ¿mi hijo? Creo que soy demasiado joven para ello, así que cuando este desapareció del columpio tampoco lo vi extraño, de hecho, me reconfortó. Por último, justo antes de despertarme, soñé que Cam me llevaba en brazos, corriendo tan rápido que la luz se quedaría rezagada a su lado.

Pero, un momento, ¿quién es Cam?

La melodía enlatada de una radio comienza a sonar a lo lejos y a medida que mi sueño se diluye, voy escuchándola con más nitidez.

“No me conociste nunca de verdad,
ya se fue la magia que te enamoró,
y es que no quisiera estar en tu lugar
porque tu error solo fue conocerme”

Frunzo el ceño, está demasiado alta. Al fondo, escucho como una voz

tararea al compás de la música, haciendo los coros.

“No eres tú, no eres tú, no eres tú, soy yo - soy yo-

no te quiero hacer sufrir,

es mejor olvidar y dejarlo así - así -.

Échame la culpa”

Abro los ojos lentamente, pero la claridad de la estancia me ciega por un instante. Debo parpadear varias veces para comenzar a distinguir el entorno en el que me encuentro. Parece que mis sentidos se van desperezando poco a poco, por lo que comienzo a olfatear el aire; alguien está cocinando algo que huele realmente bien y yo llevo demasiado tiempo sin comer. Casi como una súplica, mi estómago emite el más terrible de los ruidos. La chica que aferra la sartén a apenas tres metros de mí se gira sobresaltada, pero en cuanto ve que estoy despierta sonrío abiertamente.

- ¡Arriba bella durmiente, que ya era hora!

Se limpia las manos en un trapo, baja la música de la radio y se agacha hasta ponerse a la altura del colchón en el que estoy recostada. Sólo veo su cara reluciente, que me sonrío de oreja a oreja; sus ojos, de un color verde esmeralda, me miran con ternura.

- ¿Cómo andas? – Me pregunta, apartándose uno de los mechones negros como el azabache que le caen sobre la cara para ponérselo detrás de la oreja. Lleva la melena muy corta, con un flequillo recto que realza su mirada felina.

- ¿Dónde estoy? – Pregunto con voz ronca, y al instante una quemazón me asciende por la garganta, haciéndome toser fuertemente.

- Tranquila, tranquila, tragaste mucho humo – Me da unas palmadas en la espalda y corre a llenarme un vaso de agua – Toma, bebe, te sentará mejor.

Me ayuda a incorporarme lentamente hasta que quedo sentada al borde del camastro, aunque no puedo evitar quejarme con cada movimiento; siento el cuerpo como si me hubieran dado una auténtica paliza. El agua me sienta bien, por lo que cuando tengo la voz más aclarada, vuelvo a preguntar.

- ¿Dónde estoy?

La chica hace una mueca.

- ¿No lo sabes?

- No – Respondo, como si fuera una obviedad.

- ¿Sabes qué ha ocurrido?

- No.

Sus ojos verdes se abren de pronto, muy expresivos, y el miedo nubla por entero su gesto.

- ¿Sabes quién soy? – Contiene el aire al hacer la pregunta, como si estuviera temiendo la respuesta que voy a darle.

- No.

- Joder.

La chica se lleva las manos a la cara y se queda así durante unos segundos. Vuelve a mirarme, con el ceño muy fruncido, puedo adivinar, aunque el flequillo negro se lo tape. Yo la miro de la misma manera. No entiendo nada, ¿debería conocerla?

- Soy Cam, soy la que te ha traído ... - Hace una pequeña pausa para coger aire, quizás esperando que yo acabe la frase - Hasta aquí.

¿Cam? ¿Ha dicho Cam? Así que esta es la chica de mi sueño, pienso. Sin duda, tiene que serlo y si he soñado con ella, significa que la conocía de antes. Pero ¿de qué? Vuelvo a mirarla de arriba abajo sin ningún disimulo; es una chica delgada, más o menos alta. No, nada, no me suena. ¿Qué está pasando? Tampoco puedo evitar arquear una ceja, ¿ha sido ella la que me ha traído en brazos desde vete a saber tú dónde? ¿Durante horas y horas? No parece haber nadie más en este lugar, así que sí, pero sigue siendo todo muy extraño. O no vinimos corriendo como en el sueño. No lo sé. Ahora mismo me encuentro tan confusa que no sé ni por donde comenzar a ordenar mis pensamientos.

- ¿Y quién eres? – Pregunto lentamente, con cautela.

Por un momento, puedo ver un destello de tristeza atravesando su mirada.

- Bueno... Tu amiga – Responde ella después de unos segundos.

La respuesta me hace abrir mucho los ojos, pero se queda callada

mirándome, muy seria, esperando a mi reacción.

- Vaya – Es lo único que logro responder, en un hilo de voz.

“Vaya”, menuda respuesta de mierda Alexandra. Abrázala, me dice una voz en mi cabeza, dile que sientes no acordarte de nada, pero joder, no te quedes ahí como un pasmarote. Sin embargo, eso es justamente lo que hago; me quedo como una piedra, inmóvil y fría al borde del colchón. No puedo pensar, mi mente se encuentra completamente bloqueada y tras unos minutos la situación se ha vuelto tan tensa que no puedo evitar apartar la mirada. Ella, pega un fuerte resoplido.

- ¿Me esperas un momento? Tengo que hacer una cosa.

Cam sonrío fugazmente, aunque no encuentro atisbo alguno de alegría en sus ojos. Gira en torno a sí y, rápidamente, sale por la puerta de la habitación. Vaya cagada. Me quedo quieta, con la mirada fija por donde acaba de desaparecer mi acompañante, y es justo en ese momento de silencio total en el que, desde que me he levantado, adquiero conciencia de dónde me hallo. Miro alrededor, descubriendo el lugar en el que he estado este tiempo que, ciertamente, me resulta incalculable. Me encuentro en una pequeña estancia formada por tablonces de madera muy clara, en la que hay únicamente una cocina diminuta, una mesa con dos sillas del mismo color y el colchón donde estoy dormida. La habitación no cuenta más que con dos pequeñas ventanas y la puerta, pero eso me basta para adivinar que, por la luz que incide en ellas, es aproximadamente medio día. Hace calor. A mi lado, un saco de dormir rojo desecho y una esterilla me advierten de la que ha sido la cama de mi acompañante. Encima de la mesa, hay un botiquín abierto y desordenado, con el símbolo de la cruz roja sobre el fondo blanco. Siento una punzada de culpabilidad en el pecho al ver la escena: sin duda, Cam ha estado cuidándome durante más de un par de días y ahora, ni siquiera sé quién es. Ni quien soy. Trago saliva instintivamente al pensarlo.

Sigo embobada observando el entorno cuando Cam regresa; lleva un aparato pequeño y cuadrado de color metalizado corroído en la mano, pero rápidamente lo guarda en uno de los múltiples bolsillos de su pantalón. Por la camiseta negra rota que lleva, las vendas y las heridas aún enrojecidas en su rostro y brazos, intuyo que algo grave nos ocurrió en la nave en la que nos encontrábamos. ¿Qué pasó? Instintivamente, parezco acordarme de algo. Me miro los brazos, las manos y las palmas; tengo moratones, heridas prácticamente cerradas y gasas en los codos. Pero no tengo quemaduras. Me llevo una mano a la cabeza para descubrir una venda en el lateral izquierdo del cráneo, cerca de la oreja. De pronto, la imagen de un golpe contra el suelo e infinito dolor llega a mi cajón vacío de recuerdos. Su intensidad hace que se me corte la respiración.

¿Qué hacía yo allí?

Cruzamos miradas, y creo que puede ver en mis ojos lo confundida que estoy, tanto, que no sé si quiera por dónde empezar a preguntar. Ella resopla y, apartando sus ojos felinos de los míos, coge una de las sillas que se encuentran alrededor de la mesa para sentarse en frente de mí.

- Verás Lexa... Bueno, Alexandra, como más te guste – Dice algo incómoda, escogiendo bien las palabras para evitar molestarme – Verás... Tienes amnesia.

- Me lo suponía – Suelto sin pensar, en un murmullo, provocando que ella ponga los ojos en blanco.

- Pero sigues siento una maldita sabelotodo – La joven vuelve a resoplar, aunque no logro saber si realmente está molesta - En fin, vas a tener que confiar en mí, ¿entendido?

Cabeceo en forma de afirmación. ¿Es que acaso hay alguna otra opción? Está claro que no y, ahora mismo, me aferraría hasta al clavo más ardiente. Aunque no parece que eso te afecte, me recuerdo a mí misma. Ante mi mutismo, Cam ladea la cabeza, esperando alguna respuesta más. Sin duda, debe pensar que me he quedado idiota. Veo cómo coge aire, intentando dominar la situación, aunque claramente, está siendo más bien al revés.

- Yo no puedo contarte nada ahora mismo, sé que debes estar muy confusa, pero cualquier cosa que te diga podría ponerte más en peligro de lo que ya estás – Esa afirmación hace que prácticamente de un bote encima de la cama, enderezándome – No, no te asustes, te prometo que en cuanto llegemos a la Academia todo irá bien, ¿vale? – Cam intenta sonreír para tranquilizarme, pero la verdad es que se le da fatal y consigue el efecto contrario.

- ¿La Academia? – Pregunto arrugando el ceño - ¿qué es eso?

- Joder, esto va a ser más difícil de lo que pensaba... - La chica resopla, desesperada, a lo que se levanta de la silla y comienza a dar vueltas alrededor de la pequeña estancia, intentando calmarse.

- Lo siento – Ahora mismo me encuentro al borde del colapso mientras un nudo me aprisiona la garganta – De verdad que lo siento, pero no entiendo nada.

Mis ojos se humedecen ante la frustración que me provoca el no conseguir recordar siquiera mi nombre completo. Mi tono suena tan lastimero que Cam tiende la mano para acariciarme el brazo, intuyo que sintiéndose culpable por haberme hablado de esa forma. En cuanto sus dedos

recorren los míos, las lágrimas comienzan a surcar mi rostro, inundándolo todo a su paso. Sus ojos verdes me miran fijamente, con una ternura infinita debajo de su gesto preocupado. Sin duda, me aprecia.

- Lo sé, sé que no entiendes nada Alexandra – Hace una mueca - En fin, lo siento, no quería agobiarte, pero esto es... muy complicado también para mí.

Asiento con la cabeza, dándole la razón y ambas nos quedamos en silencio, mirando al suelo. Al cabo de unos minutos, vuelve a hablar.

- Vale, voy a enviar nuestra ubicación a la patrulla, para que sepan dónde encontrarnos Tú... Tú solamente no te muevas.

Me mira por última vez y saca de nuevo de su bolsillo el aparato metálico oxidado, antes de salir por la puerta. Me vuelvo a quedar sola, pero esta vez, sí que siento el peso de la soledad. ¿De verdad Cam era mi amiga? ¿Desde hace cuánto nos conocemos? ¿Cómo puede ser la memoria tan frágil? Cómo, cómo... ¿Cómo la perdí? ¿Fue tras el golpe en la cabeza en la nave? ¿Y qué hacíamos allí? ¿Qué es esa Academia de la que habla? ¿Quién es esa patrulla? Las preguntas se siguen amontonando, una tras otra sin respuesta, construyéndose una torre bamboleante que puede colapsar en cualquier momento y desmoronarse sobre mí. Es sencillamente abrumador. Y es una mierda.

Un fuerte olor a quemado me saca de mis funestos pensamientos y me hace recordar de sopetón que Cam estaba cocinando que olía deliciosamente mientras yo dormía. Pues ya no. Con un leve quejido, me levanto de un salto para dirigirme a la pequeña cocina de la habitación. No sé cómo funciona, pero tocando todos los botones y apartando la sartén del fuego consigo que los trozos de carne que hay en ella no se peguen al fondo, aunque nada puede salvar ya a la negruzca salsa de tomate. Sin importarme siquiera, cojo uno de los trozos y me lo llevo a la boca. Debería haberme quemado, pero no lo hace y tampoco me percató de ello. Mientras mastico, alzo la mirada hacia uno de los ventanucos situados frente a los fuegos de la cocina y miro al exterior. Básicamente me quedo de piedra.

Nos encontramos en una extensísima llanura, sólo a unos cuantos kilómetros al fondo se distingue una línea verde, una arboleda, supongo. El resto, es tierra clara que reluce con el fulgor del sol; estamos en una caseta y por lo que parece, alejadas del mundo. Veo a Cam fuera, hablando por el aparato a gritos mientras se tapa la cara del sol cegador. No parece que haya muy buena comunicación entre los interlocutores. La miro curiosa, masticando mi trozo de carne sin saborearlo porque está duro como una piedra y sólo me sirve para calmar el rugido de mis entrañas, hasta que comienzo a divisar una nube de polvo a lo lejos. Pocos segundos más tarde se empieza a distinguir un coche proveniente

de la arboleda, primero parece bastante pequeño, pero a medida que se acerca compruebo que se trata de un enorme todoterreno que se dirige a alta velocidad hacia nuestra caseta.

Saco tímidamente la cabeza por la puerta de la cabaña, para asomarme al exterior. Cam sigue ensimismada en sus quehaceres, por lo que chisto y ella alza la cabeza hacia mí.

- ¿Son esos que vienen por ahí? – Pregunto señalando al coche, que se encuentra ya considerablemente cerca.

La joven se gira hacia donde señalo y cuando su cara de terror absoluto me vuelve a mirar, algo me dice que estoy muy equivocada.

- El localizador no funciona, Lexa, no son ellos.

Y casi me atraganto.

Capítulo 4

CAPÍTULO II

Bajo los escalones de un salto y agarro la mano de Cam, tirando de ella. Comenzamos a correr en dirección contraria al todoterreno como si la vida nos fuera en ello. Y por algún motivo, tengo la certeza de que es así. Mi mente analiza el entorno frenéticamente, pero sé que la escapatoria es imposible; todo a mi alrededor es una extensa llanura hasta, al menos, un kilómetro a la redonda.

Pero eso no me da por vencida. Aumento el ritmo de mis zancadas y mi cabeza ordena a mis piernas que vayan más rápido, hasta su límite. Cam sigue aferrada a mi mano.

- ¡Lexa! – Grita entre jadeos – Sube, súbete a mi espalda.

¿Qué dice esta ahora? No paramos de correr, pero la miro por el rabillo del ojo como si estuviera loca. Echo la vista un poco más atrás y veo al coche casi encima de nosotras, levantando una nube de polvo que comienzo a notar dentro de mis pulmones. Nos van a coger.

- ¡Que subas! – Me ordena con fiereza.

Una explosión a mi lado provoca que pierda el equilibrio y caigo de bruces contra el suelo.

- ¡Mierda!

- ¡Nos disparan!

Cam me tira fuertemente de la mano para ayudarme a levantarme, pero luego hace algo desconcertante: me coge a caballito en su espalda. Sí, entre explosiones y disparos ella decide que es el momento de jugar a las carreras.

- ¡¿Pero qué coño haces?! – Pregunto chillando, sintiendo el silbar de las balas a nuestro alrededor.

Otra explosión ocurre justo en los talones de mi compañera.

- ¡Agárrate! – Me ordena con un rugido.

Y yo, obedientemente, me aferro a sus hombros y cierro los ojos. No

quiero conocer el final.

De pronto, mis oídos vuelven a escuchar el pitido de aquella noche tras la explosión de la nave y noto el cabello ondear al viento con violencia. Siento como si una fuerza sobrehumana me empujara por la espalda hacia delante, a 200 kilómetros por hora, y nos estuviera propulsando. Pero no. Tampoco tendría mucho sentido. Ah, que la otra opción sí que lo tiene, me recuerda sarcásticamente mi vocecilla interior. Abro los ojos y sólo veo el pelo de Cam, por lo que aparto la vista de su cuello y miro al horizonte; el paisaje pasa a toda velocidad a nuestro lado como una exhalación y en tan solo unos segundos hemos llegado a la línea verde que veía tan lejana desde la cabaña. Efectivamente, esta resulta ser un bosque. Para mi sorpresa, Cam sortea los árboles sin ningún tipo de esfuerzo, saltando y agachándose para que no nos choquemos con ninguno. Estoy flipando, es lo único que acierto a pensar; y es que corremos a la velocidad del viento.

Quizás debería parar y preguntarme qué coño está pasando o por qué, pero la verdad es que me preocupa lo más mínimo ahora mismo si con ello les dejamos atrás. Mi mente se está acostumbrando por momentos a las cosas más inverosímiles que os podáis imaginar, algo que puede ser comprensible si analizamos todo lo que me está ocurriendo. Joder, si mi vida anterior ha sido siempre así, debía ser bastante movidita.

Cam continúa con su carrera maratoniana, pero hace ya algunos minutos que he dejado de oír las explosiones por lo que intuyo que no nos seguirán por la arboleda, o si lo hacen, estaremos a una distancia más que prudencial de ellos. Nos seguimos internando en la espesura, donde los árboles son cada vez más altos y frondosos; no sé dónde nos encontramos, pero sólo veo exuberante vegetación a nuestro alrededor. Cam comienza a aflojar el ritmo y es entonces cuando mis ojos ya pueden enfocar y diferenciar todo lo que me rodea: nos encontramos en un paraje totalmente tropical. Por algún extraño motivo, me viene a la mente Jurassic Park de la que, aunque sé que es una película, no recuerdo más que ese detalle. Maravillosa memoria, Lexa.

- Creo que deberíamos parar - Susurro al oído a mi compañera cuando su carrera se asemeja a la de una persona normal y puedo hablar sin que un torrente de aire me llene los pulmones. Ella jadea, incesante.

- Necesitamos... Encontrar... Un... Claro... - Responde entrecortadamente.

- De acuerdo, pero podemos hacerlo andando - Replico - Bájame o no aguantarás más.

Ella asiente, deteniéndose. Bajo de su espalda de un brinco y giro completamente sobre mí misma, observando alrededor. Alzo la mirada hacia el cielo, pero no veo nada más que altos árboles que taponan el sol.

En el suelo, los helechos crecen por doquier, impidiendo ver la tierra sobre la que descansan nuestros pies. Hace calor y hay mucha humedad, lo que no ayuda en nada a que mi compañera recupere el aliento.

- Nos va a llevar tiempo encontrar un claro con tanto árbol.

Cam no responde, sólo apoya sus manos en las rodillas y coge aire a bocanadas. Hago una mueca; la rápida huida no nos ha permitido coger provisiones. No tenemos agua ni alimento, tampoco sé dónde tenemos que ir ni la hora que es, así que nos encontramos en una situación delicada que no me gusta ni un pelo. Pero al menos estáis vivas.

- Muchas gracias, Cam – Digo a mi compañera con una pequeña sonrisa – De verdad, gracias.

Ella me devuelve la sonrisa como respuesta, pero me hace un gesto con la mano, restándole importancia. No sé si se hace la dura o es que lo es, pienso mientras me quedo en silencio a su lado, observándola. Y tampoco sé si estoy loca o si realmente ha pasado. Otra vez, el dilema de los dos días de mi nueva no – memoria: el no saber diferenciar la realidad de la ficción.

Tras unos minutos de espera, Cam parece recuperar el aliento y se incorpora de nuevo para proseguir la marcha. Antes de reanudar nuestro camino, veo cómo rebusca entre los bolsillos de su pantalón el extraño aparato al que ella llama "localizador". Cuando lo encuentra, lo observa con el ceño fruncido; no parece nada contenta, pero rápidamente echa a andar, encabezando la caminata.

- Vamos – Me apremia, sin un atisbo ya de cansancio – la selva sólo les ralentizará, pero no va a detener a esos cabrones.

Doy un respingo ante sus palabras; no quiero volver a toparme con ellos. Me coloco a su lado y comenzamos a andar bastante rápido a través de la vegetación, apartando un sinfín de helechos y mosquitos o esquivando enormes ramas y raíces que hay esparcidas por el suelo. ¿Qué lugar será este? ¿Cuánto nos habremos movido desde la cabaña? Los interrogantes no paran de asaltar mi aturdida mente.

- ¿Dónde estamos? – Pregunto por milésima vez en el día a Cam.

- Eso me gustaría a mí saber – Contesta, con un resoplido. No deja de mirar el cacharro metalizado mientras maldice en voz baja.

- ¿Sigue sin funcionar? – Acierto a cuestionar, a lo que instintivamente, ella suelta un gruñido.

- Sí – Cam frunce el ceño, molesta - Tanta tecnología para unas cosas y cuando de verdad la necesitas te siguen dando esta pedazo de mierda. Que se los metan por el culo.

Hace ademán de tirar el localizador entre la espesura, pero se contiene en el último momento, mostrando un mínimo de cordura. Caray, que genio. Prosigue la marcha con él en la mano a regañadientes, muy enfadada. El cansancio, la falta de agua y la situación no ayudan, pero a medida que avanzamos, las preguntas se me agolpan en la garganta, luchando por salir de mis labios en busca de repuestas. Sé que no es el momento y que Cam no me lo pondrá fácil pero, ¿qué coño? ¿Acaso no me merezco explicaciones? Además, intuyo que vamos a estar juntas el suficiente tiempo como para que sea necesario conocer a quién tengo al lado. Cojo una gran bocanada de aire y me armo de valor ante mi huraña acompañante.

- Creía que con la amnesia nada podría sorprenderme – Suelto una pequeña risa nerviosa, intentando quitar hierro al asunto, aunque por la cara de Cam, la situación carece de gracia - Eh... mmm... ¿podrías explicarme qué ha sido eso?

- ¿El qué? – Pregunta ella, sin apartar la vista de la pantalla.

- Bueno, eh... - La verdad es que no sé muy bien cómo decirlo, así que me lanzo a lo más obvio – ¿la carrera?

¿Me está vacilando? Me está vacilando. Sabe perfectamente a qué me refiero y está tomándome el pelo. La vocecilla de mi cabeza se encuentra desatada.

- Ah – Contesta sin más, ignorándome por completo.

¡Que está pasando de mí! ¡Encima! Respira hondo Alexandra, mantengamos la calma. Arqueo una ceja mirándola, pero ella no parece advertirlo, está demasiado ensimismada tocando botones y pegando golpes al maldito aparato. Carraspeo un poco, llamando su atención y parece que funciona, aunque retoma la conversación con desgana.

- Bueno, dado que no recuerdas nada, esperaba que te lo contasen mejor en la Academia – Se toma un segundo y prosigue – Pero para que te quedes más tranquila, ha sido el viento.

Arrugo el ceño, sin comprender. ¿El viento? ¿Qué respuesta es esa?

- No sé si me quedo más tranquila con eso, la verdad – Refunfuño, cansada por el viaje y la falta de respuestas coherentes.

Cam aparta de nuevo la mirada del localizador para clavarla en mí, y lo que dice a continuación me deja todavía más desconcertada.

- Alexandra, controlo el viento.

Me quedo callada, sin saber qué decir. Efectivamente, la loca es ella. Podría haberme dicho la cosa más rara del mundo que no me hubiera descolocado tanto como esa contestación.

- ¿Que controlas... el qué? – Sueno tan confusa que chasca la lengua ante mi incomprensión.

- Sí joder Lexa, el viento – Contesta de mala manera, como si fuera lo más obvio que me ha dicho en toda la conversación - Mira, el localizador no funciona y me estoy poniendo de los nervios con tanta pregunta. Espera un momento.

Su voz es clara y tajante, pero mi alma ávida de conocimiento no puede estarse callada ni por un segundo.

- Pero ¿eres una especie de bruja o algo así?

Cam me mira alzando mucho las cejas y no sé si quiere meterme un bofetón o reírse por tamaña ridiculez. Es una mezcla. Finalmente, una ligera risa parece escaparse de sus labios y cierra los ojos, meneando la cabeza.

- Cariño, para ti soy lo que quieras, pero cállate un momentito. Por favor.

Su voz y su gesto me dicen por dentro que la haga caso por una vez, por lo que soy obediente y me callo, mientras analizo la situación mentalmente. Me he despertado en una nave ardiendo, luego en una cabaña en tierra de nadie y encima mi acompañante dice que controla el viento. He llenado el cupo de sucesos extravagantes para toda una vida. Seguro que algún récord Guinness has ganado. Qué lástima que no sepa qué es eso.

Cam se separa unos pasos de mí, inspira fuerte y vuelve a cerrar los ojos. Comienza a murmurar cosas que no entiendo mientras gira en todas direcciones, moviendo las palmas arriba y abajo, en una especie de baile que no logro entender. Pasan unos minutos en los que no puedo hacer más que mirarla perpleja, y así me hallo cuando ella vuelve a abrirlos.

- El viento viene en dirección noroeste a 10 kilómetros por hora, justamente por allí – Cam señala un punto hacia nuestra derecha, al que miro como una tonta – Con lo cual, si lo que queremos es buscar una zona más abierta, para que esto pueda tener cobertura, la vegetación debe ser

menos abundante, osea, más al sur.

Yo la miro estupefacta, pero ella ni siquiera busca mi aprobación; aquí no pinto nada. Mueve la nariz, pensativa, hasta que torna la cabeza hacia nuestras espaldas.

- Debemos ir por allí, al lado contrario.

La joven gira sobre sus talones y comienza a andar hacia la dirección que ha indicado, sin esperarme siquiera, por lo que me veo obligada a dar grandes zancadas por la senda de helechos para cogerla. Esto ha sido el culmen.

- ¿Qué ha...? – Pregunto confusa, jadeando por el esfuerzo de alcanzarla, pero rápidamente me corta.

- Que el viento viene por allí así que debemos venir por aquí – Responde inmediatamente, sin apartar la vista de su camino.

Miro al cielo y a los lados.

- Yo no noto nada.

La joven resopla.

- Ya, Alexandra, ya sé que no notas nada, tú no controlas el aire – Me mira alzando las cejas, como si pensara que soy completamente idiota. Y probablemente tenga mucha razón.

- Claro que no, ¿cómo iba a hacerlo? – Respondo como si fuera la mayor obvedad del mundo, pero en cuanto lo digo, un recuerdo se cuela en mi memoria vacía.

Cam frena en seco para mirarme fijamente por un segundo, muy seria.

- Eso me recuerda una cosa: estate tranquilita por favor.

Sus ojos verdes se clavan en los míos y, de pronto, el miedo me invade.

- ¿Yo? ¿Por qué? – Me hago la loca. Sé perfectamente por qué me lo dice, pero no quiero confirmarlo, no quiero saberlo; no puedo aceptarlo.

- No recuerdas absolutamente nada de tu entrenamiento y no quiero que... explotes – Explica la muchacha, y sé que no está siendo nada metafórica.

- ¿Explote? – Murmuro en un hilo de voz.

Cam menea la cabeza y reanuda la marcha; creo que se piensa que soy un caso perdido cuando en realidad, estoy cagada de miedo.

- Mira, da igual.

¿Qué da igual? ¡Pero si acaba de decirme que puedo explotar en cualquier momento!

- ¿Cómo que "explote"? – Replico, alzando la voz casi instintivamente.

Ella vuelve a mirarme con esos ojos felinos y sé que la advertencia que sale de sus labios es lo bastante seria como para certificar lo que ya me suponía.

- Contrólate o tu "poder" te saldrá, literalmente, por los cuatro costados. Lo he visto y, sinceramente, no me apetece morir así.

Voy a abrir la boca de nuevo para replicar, pero Cam me echa una mirada que me dice que es mejor que me calle. Podría aceptar muchas cosas, pero esto escapa a los límites de mi racionalidad. Para colmo, un zumbido vuelve a escucharse por todo el bosque y ambas intercambiamos miradas. Sin mediar palabra, nos cogemos de la mano otra vez y emprendemos nuestra carrera sorteando obstáculos mientras el zumbido comienza a tornarse más claramente en el sonido de un motor.

- ¿Quiénes son y por qué coño no se cansan? – Pregunto entre jadeos, aterrorizada como nunca. La idea de que ni siquiera la selva se interponga entre nuestros perseguidores y nosotras me provoca escalofríos.

- Son los que te quieren muerta – Cam me aferra la mano más fuertemente que antes – Y no pararán hasta conseguirlo.

E inmediatamente, corro más deprisa.

- Vuelve a subir, rápido – Me insta.

Y esta vez, me monto de un brinco a su espalda sin rechistar. Cam comienza a correr, impulsada por el viento, aunque mucho más lento que antes. Está demasiado cansada, llevamos muchas horas andando, me digo al escuchar su respiración jadeante. Sorteamos ramas, helechos, árboles tropicales, y quizás esa es la única razón por la que creo que no consiguen ganarnos distancia ni pueden dispararnos; la flora es como un abrigo que nos protege. Al menos, de momento. Paulatinamente, los árboles comienzan a ser más bajos y a encontrarse más separados hasta que, por fin, divisamos un claro en lo alto de un peñasco.

No tardamos mucho en llegar, pero para entonces, Cam ya está derrotada. Me bajo de su espalda para después coger su cara entre las

manos; está mucho más blanca que antes y sudorosa.

- ¿Estás bien? ¡Tienes que aguantar, por favor, Cam! – Imploro desesperada.

Ella asiente, sin aire, pero noto su mirada perdida; ni siquiera sé si me ha entendido. Coge el dichoso aparato entre las manos, pero soy más rápida y se lo quito, a lo que ella no emite ni una sola queja. La pantalla está medio rota, tiene una antena como si fuera una radio y tres botones a los que aporreo sin cesar, aunque allí no ocurre nada. Vamos, vamos, vamos.

- ¡Joder! ¿Qué es esta mierda? – Grito exasperada, pero la pantalla sigue estando negra.

Sigo tocando las teclas, con el corazón latiéndome a mil. No tenemos mucho tiempo.

- Lexa ... - Comienza a murmurar Cam con un hilo de voz, exhausta, pero la ignoro por completo.

- ¡Se ha encendido una luz! – Digo sonriendo, al ver cómo un punto rojo aparece en la parte superior del aparato y la palabra "Cargando" se ilumina sobre el fondo negro de la pantalla.

- Lexa... - Vuelve a susurrar, pero yo estoy demasiado enfrascada en mi tarea como para hacerla caso.

- ¡Cam, se ha encendido una luz! ¡La señal se está enviando, lo hemos conseguido!

Le enseño el localizador, orgullosa de mí misma y con un gesto de triunfo en el rostro, pero Cam no me mira a mí, si no a mi espalda, señalando algo detrás. Giro la cabeza y lo que veo hace que se me corte la respiración. Estamos rodeadas.

En un vistazo, veo el todoterreno blanco manchado de polvo aparcado en el fin de la arboleda. Cuatro hombres y una mujer se acercan cada vez más a nosotras, estrechando el cerco. Sí, estamos completamente rodeadas. Van armados hasta los dientes con enormes metralletas, o eso me parece a mí, la verdad es que no sé nada de armas, pero al cinto también llevan cuchillos. Trago saliva. Joder. Siento un nudo en el estómago; ahora sí que no hay escapatoria posible. Miro por el rabillo del ojo, a mi espalda, pero sólo veo el borde de un barranco. No es una opción, Lexa. Nos han acorralado en el alto del peñasco y ya no hay salida. Cam cae tendida a mi lado.

- ¡No! – Grito al ponerme de rodillas, cogiendo su cuerpo entre mis brazos, intentando despertarla. En ese momento escucho cómo todos ellos quitan los seguros de sus armas.

- Quieta – Truenan la voz de uno de ellos – Ni un puto movimiento más, Alexandra, o te volamos la jodida cabeza.

Asiento levemente mientras deposito con cuidado a Cam en el suelo, para luego levantar las manos, en señal de derrota. Estoy asustada, tremendamente asustada. Se han parado al menos a cinco metros de nosotras, como si estuvieran estableciendo una distancia de seguridad. Están inmóviles, apuntándonos con sus armas, impasibles, al contrario que yo que soy un manojo de nervios que no puede parar de temblar. Vuelvo a tragar saliva.

La puerta del todoterreno se abre y un joven baja de él. Lleva unas gafas de sol, por lo que no acierto a ver su rostro. En la mano, esta vez no porta un arma, si no que lleva un maletín blindado de color metalizado. Se acerca con parsimonia hacia nosotras, como si disfrutara del espectáculo que se desarrolla ante sus ojos y supiera cuál va a ser el final de la película. No tiene prisa, está saboreando la victoria. Cuando este llega al semicírculo, se dirige a uno de los hombres con la cabeza, levantando el maletín a lo que el interpelado asiente y pulsa un botón de su arma, haciendo que esta se pliegue hasta que posee el tamaño de una pistola. Me quedo estupefacta, nunca he visto nada igual. Posteriormente se guarda el arma al cinto para coger el maletín que el joven le tiende.

Veo cómo se acerca a mí y me levanto de un salto, comenzando a temblar.

- ¡Que te estés quieta he dicho! – Repite la voz de antes.

El hombre se acerca cada vez más y en sus ojos sólo veo maldad. Las arrugas y cicatrices surcan su rostro, parece un veterano de las guerras más crueles que hayan sucedido nunca. En cuanto llega a mi altura, puedo ver el brillo malicioso de sus ojos; posa una mano en mi hombro y con un fuerte empujón me tira hacia atrás, provocando que caiga de espaldas al suelo con un quejido.

- A ti no podemos matarte aún – Dice sonriendo, la situación le divierte de lo lindo – Pero si haces algo de lo que tú y yo sabemos, ella será el blanco.

De pronto, veo cómo todos los objetivos apuntan hacia Cam. Le miro asustada y asiento levemente, consciente del peligro que corre. Por nada del mundo querría que la hicieran daño por mi culpa.

Con un rápido movimiento, el hombre se pone a horcajadas encima de mí, con las rodillas inmovilizándome los hombros. Estoy completamente a su merced y por el temblor de mi cuerpo, creo que sabe lo asustada que estoy. El tipo no deja de sonreír con suficiencia, lo que me provoca aún más terror y nerviosismo; un sudor frío vuelve a recorrerme el cuerpo. Respiro con dificultad y comienzo a hiperventilar cuando veo que echa mano del maletín y al abrirlo, sólo veo pequeños frascos con una sustancia de color violeta junto a un montón de agujas.

Agujas.

Comienzo a respirar con intensidad por la boca, jadeante. Acabo de recordar el pavor que tengo a las putas agujas.

El hombre me mira por el rabillo del ojo, con una sonrisa maltrecha que me evoca a una pesadilla.

- ¿Ahora tienes miedo, eh? – Me susurra para que sólo yo pueda oír su amenaza – Pues esto no es nada comparado con lo que se te viene encima – Su voz socarrona provoca que mi tembloroso cuerpo se estremezca – Altair está furioso, vas a lamentar haberte escapado.

Con la aguja cargada del líquido malva en su mano derecha, me agarra con fiereza el brazo con la izquierda, para dejarlo enderezado. El tiempo para mí es como si se ralentizara. Mi cuerpo convulsiona de puro terror ante la mirada del hombre. Por el rabillo del ojo veo a Cam, cómo se la llevan a rastras fuera de mi vista, desfallecida. Veo la aguja acercarse a la vena de mi brazo derecho y la risa entre dientes de este malnacido. El sudor frío me llena el rostro y mi mirada se nubla. Los temblores se hacen tan fuertes que incluso veo cómo mi agresor frunce el ceño, intentando apretarme los hombros aún más fuerte contra el suelo. La aguja está tocando mi piel, y la traspasa.

Es entonces cuando el tiempo se detiene y todo sucede muy deprisa.

El calor entra de pronto en mi cuerpo como una mecha que enciende una bomba. Mi temperatura aumenta y el hombre emite un grito, saltando hacia atrás para alejarse de mí.

- ¡La inyección! – Oigo cómo gritan por detrás.

- No... No he pod... - Escucho al hombre balbucear.

La aguja estalla en mi brazo, derramando el líquido entero por doquier. Ahora mismo me siento como si estuviera a mil grados. Escucho disparos y temo por Cam.

- ¡Detenedla!

Me incorporo costosamente y miro directamente a mi agresor a los ojos, ha dejado de sonreír. Ahora sonrío yo.

Con un grito, siento cómo mi cuerpo explota en una llamarada.

Capítulo 5

καληνύχτα

Todo sucedió tan deprisa que apenas logro ordenar con exactitud la sucesión de acontecimientos que recuerdo. Creí sentir cómo se me desgarraba el alma cuando una llamarada brotó de mi vientre, extendiéndose a lo largo y ancho de mi cuerpo. De pronto, me vi envuelta en un fuego que emergía directamente de mi ser, en una combustión espontánea que me acabo convirtiendo en el más puro de los incendios. Cuando esto ocurrió, ya no tuve más miedo. Tampoco sentí el dolor y mucho menos me apené cuando aquel hombre, el que me había inmovilizado segundos antes, cayó presa de las llamas. De mis llamas. Ellas me obedecían.

Una pequeña sonrisa de satisfacción atravesó mi rostro, aunque ya no me sentía yo misma; el fuego era venganza, pura rabia, era descontrol. Por todo lo que me hicisteis y me arrebatasteis. Lo pagaréis. No recuerdo por qué ese pensamiento tan destructivo pasó por mi mente, pero sé que después de que lo hiciese, todo explotó.

Escuché gritos, gritos de agonía, llantos, súplicas y rezos. Ni siquiera me estremecí ante el dolor ajeno, lo único que sentía era el agradable calor que brotaba de mis llamaradas. Pronto, todo a mi alrededor acabó cubierto de ellas y comenzaron a extenderse por el bosque, que desaparecía tragado por el fuego. Recuerdo no poder detenerme, no saber cómo parar aquello que salía de lo más hondo de mi ser y, paradójicamente, este no sólo arrasaba la vegetación a su paso, también me consumía a mí. Poco a poco, lentamente, como aquello que crees que te hace más fuerte pero en realidad, te mata. No tardé demasiado tiempo en verme de rodillas, exhausta, sin que el fuego que yo misma provocaba, medrara una milésima; todo ardía a mi alrededor y me convertía en una astilla más de una gigantesca hoguera. Y fue ahí, en milésimas de segundo, cuando lo comprendí: soy mi peor enemiga.

No sé muy bien cuándo comencé a pensar en Cam, si fue cuando exploté o cuando me sumí en la más profunda de las oscuridades; sin embargo, recuerdo decirme una y otra vez que jamás me perdonaría si ella había sucumbido por mi culpa. Tenía razón, me lo advirtió. Me lo advirtió. Me lo advirtió... El delirio llegó antes de que escuchara las hélices cortando el viento; fue entonces cuando, finalmente, todo se extinguió.

Como si el interruptor que me había encendido se apagase de pronto, volví a sentir mi cuerpo, mis músculos; volví a ser yo. Sentí cómo alguien me cogía con firmeza y me resguardaba, me sentí protegida y supe, al igual que cuando lo hizo Cam, que me encontraba en las manos adecuadas. Susurré entonces un "Gracias" que fue prácticamente

inaudible salvo para unos ojos, del color azul más puro que he visto jamás, que se clavarón en los míos. Su mirada, por algo que no logré comprender, se quedó grabada en mi mente y en mi ser, apaciguándome, acompañándome en aquel sueño profundo al que tantas veces había caído últimamente.

Capítulo 6

CAPÍTULO III

Ciertamente, no sé con exactitud cuándo me desperté, pero cuando lo hice, sentía el cuerpo agarrotado, sin fuerza alguna, como si llevara demasiado tiempo en ese limbo que constituía una barrera entre la vida y la muerte.

- Está muy débil, pero despertará, no te preocupes – escuché como decía la voz de una mujer, en un eco muy lejano – Debes ser paciente, ahora y cuando despierte.

Primero, comencé a escuchar. Idas y venidas, voces, retazos de conversaciones, otras veces, el silencio más absoluto. Llegué a pensar que me había quedado ciega y que mi cuerpo no era más que una extensión inerte de mi propia cabeza. Un pitido rítmico me acompaña durante todo este duermevela, ¿realmente estoy viva? Me pregunto sin cesar. Y de pronto, como si el destino quisiera darme una respuesta a ello, alguien acaricia la yema de mis dedos, suavemente, para luego entrelazarlos con los suyos. Su mano es fuerte pero delicada a la vez y por algún motivo sé que me envía fuerzas, fuerzas para despertar.

Abro los ojos. Un flogonazo de luz blanca provoca que tenga que parpadear varias veces antes de lograr enfocar la visión. ¿Estaré en el cielo? Mi vocecilla socarrona me recuerda que no soy creyente, así que aparto esa idea por completo de mi mente. El foco que se encuentra sobre mi cabeza toma consistencia y forma; a su alrededor, todo es igual de blanco. Como si se me fueran desperezando poco a poco los sentidos, comienzo a oler. Arrugo la nariz ante el fuerte olor a desinfectante y una imagen impacta de nuevo en mi cerebro: huele igual que aquel hospital al que acudí con seis años cuando tuve apendicitis. Perfecto, un dato nuevo Lexa, enhorabuena. El pitido que escuchaba durante el largo sueño y al que logré ignorar como si fuera un sonido más de mi propio cuerpo, retumba ahora a mi izquierda; se trata de un monitor de pulso que me martillea la cabeza, pero certifica que, efectivamente, mi corazón sigue latiendo. Estoy viva.

Incorporo levemente la cabeza, me duele el cuello a horrores. Me hallo postrada en una camilla, en un pequeño espacio rodeado de cortinas también blancas, donde todo parece pulcro e impoluto. Efectivamente, me encuentro en un hospital, y por el ruido de las máquinas, el tintineo de cristales y los murmullos que escucho parece ser uno bastante concurrido. Siento las idas y venidas del personal, con pasos acelerados, detrás de estos cortinajes que me rodean, por lo que supongo que tienen mucho

trabajo que hacer. De pronto, una duda me asalta y algo dentro de mí se estremece: ¿debo estar tranquila por ello? ¿Dónde estoy? Pero, como respuesta, aquellos ojos azules asaltan mi mente, trayéndose consigo una pizca de reconocimiento y comprensión.

Estoy en la Academia.

Tengo la absoluta certeza de que el plan de Cam funcionó y conseguimos cobertura con el localizador. Esto no se parece en nada al Tártaro, me digo a mí misma para concienciarme, aunque no sé muy bien qué significa eso.

Aún sin moverme, mi mirada se dirige hacia el resto de mi cuerpo, envuelto en sábanas de algodón, también blancas, y cubierto de cables. Agujas. Puñeteras agujas. Cierro los ojos de nuevo y un torrente de imágenes me invade la memoria. Cam. La explosión. Las llamas. Jadeo, angustiada, con las lágrimas a punto de desbordarse.

- ¿Cam? – apenas un hilo de voz sale de mi garganta - ¿Hay alguien?

Intento incorporarme, el nudo que siento en la garganta crece. Necesito respuestas. Los músculos tardan en responder a mis órdenes así que con dificultad, apoyo la espalda sobre la almohada; debo llevar mucho tiempo tumbada, porque me mareo ligeramente al hacerlo.

- ¿Hola? – vuelvo a preguntar a media voz – ¿Puede alguien ayudarme?

Mi ridículo tono apenas es distinguible entre el barullo que hay detrás de las cortinas así que comienzo a mirar todo el entramado de cables que envuelve mi cuerpo y, con sumo cuidado, pretendo salir de la cama. Mal. No sé qué he tocado pero un pitido de alarma resuena en toda la sala y el silencio momentáneo me corta la respiración. Mierda.

- ¿Está despierta? – una voz masculina emerge tras la cortina situada a mi derecha. Parece sorprendido.

- Voy ahora mismo a comprobarlo – le responde una mujer – Quédate aquí, si lo está, no debemos agobiarla.

Acto seguido, alguien descorre ligeramente el cortinaje y asoma la cabeza por la estrecha rendija.

- Vaya, ¡qué alegría! Buenos días, Alexandra – dice mirándome a los ojos, con una sonrisa de oreja a oreja.

Cuando por fin entra y se sitúa a mi lado, me fijo en ella con mayor atención: es una mujer alta, de mediana edad según me parece a mí, con el pelo ensortijado y rojo como los rubíes. Su expresión no deja de

acompañarla en ningún momento, mostrando unos dientes tan blancos como si acabara de salir de un anuncio de dentífrico. Sus ojos, del color esmeralda más puro que pudiera jamás imaginar, me observan con infinita ternura desde unas gafas de montura ovalada. Yo, me quedo inmóvil, mirándola con asombro, como si nunca hubiera visto a un médico en toda mi vida. Pero sé que mi cara de idiota no se debe a ello; hay algo más, su gesto me resulta tremendamente conocido pero, como de costumbre, no sé ubicar ni quién es ni cuándo, dónde o por qué la he visto antes. Aún así, su mera presencia me tranquiliza, y sus ojos y sonrisa me acogen. Últimamente te ocurre mucho, Lexa, igual es que eres demasiado confiada. Aparto a mi vocecilla maligna de mis pensamientos inmediatamente e intento hacer una mueca que pretende ser una sonrisa cordial.

- ¿Cómo te encuentras, Alex? – pregunta con un suave tono de voz, mientras aferra a su pecho una carpeta de color marrón con varios tomos de papel - ¿Prefieres que te llame Alex o Alexandra?

- Prefiero Lexa – respondo inmediatamente intentando que mi voz suene más clara que antes.

Ella cabecea, asintiendo, con una sonrisa perenne en los labios.

- Perfecto, Lexa – Acto seguido, saca del bolsillo delantero de su bata blanca un bolígrafo para escribir algo en aquellos folios que lleva encima – . Dime, ¿cómo te encuentras?

Sus ojos se clavan en los míos, escrutándome, como si sus palabras escondieran otra pregunta encubierta que no logro comprender.

- Bien, supongo – digo con poca seguridad.

- Bien, supones – replica con una sonrisa, apuntando algo de nuevo. Después, la mujer vuelve a mirarme por encima de sus gafas – Permíteme verificarlo.

Acercándose a la camilla, deja la carpeta encima de la mesilla de noche que hay a mi derecha, por lo que mis ojos revolotean hacia ella y no pueden evitar echar un vistazo: sin duda es mi historial médico, con una foto incluida, aunque no logro verla con claridad. Tampoco creo que aunque lo hiciera me reconociese. ¿Cómo será cuando me mire en el espejo? Quizás es mejor no hacerlo. Mientras tanto, la mujer coge una linterna pequeña de uno de los bolsillos de su bata y enfoca mis pupilas con el haz de luz. Me hace seguir su dedo, largo y delicado, primero a la derecha, luego arriba, después a la izquierda y, finalmente, abajo. La profesional asiente, escribe en el historial y, posteriormente, revisa esa máquina infernal del ritmo cardíaco, certificando que todo está bien. Cuando termina, se acerca a la camilla y se sienta en el borde, fijando de

nuevo en mí aquellos ojos esmeralda.

- Bien Lexa, debo hacerte un par de preguntas, ¿te importa?

Su pregunta asertiva me dice por dentro que me las hará tanto si quiero como si no, de modo que cabeceo, en señal de afirmación. Ella, sonrío.

- De acuerdo, ¿recuerdas algo de lo que sucedió para que estuvieras aquí?
- la dulce voz que sale de sus labios parece mitigar, en parte, la gravedad de la situación.

Su sonrisa no se borra y espera complacientemente a que mi aturullada mente comience a funcionar para poder responderla. Frunzo el ceño, claro que lo recuerdo, pero es todo tan irreal, tan confuso... ¿Cómo voy a decírselo sin parecer que estoy como un cencerro? Trago saliva. Los límites de mi realidad ahora mismo son tan difusos que se asemejan a los sueños.

- Sí, supongo – contesto al fin, en un susurro, tras unos minutos de pausa.

- ¿Supones? – la mujer enarca una ceja, quizás se está cansando de mi inseguridad.

Cojo aire, antes de continuar. Me aclaro la garganta.

- Creo que fue una alucinación, al menos, gran parte de lo que recuerdo.

En ese momento, vuelve a mirarme con ternura y sé que lo que he dicho está muy lejos de la realidad.

- No lo fue, cariño. Y en el fondo de tu ser, lo sabes – su mano se acerca a mi rostro, acariciándolo con suavidad. Huele a menta fresca. –. Sin embargo, no quiero abrumarte ahora mismo con esos temas. Todo en su debido momento.

Caramelos de menta fresca. Una imagen surca mi mente y me susurra un nombre; Sherezade. ¿Quieres un caramelo? Escucho cómo dice la voz de esa misma mujer dentro de mi cabeza, en el cajón de mis recuerdos. Cabeceo inmediatamente para liberarme de la imagen y ella lo interpreta como un asentimiento. Qué extraño. Efectivamente, la recuerdo, pero no sé por qué. Mi mirada se clava en la suya y mis labios se abren casi sin querer.

- ¿Quién eres? – mi pregunta suena como una acusación.

- Soy Sherezade y he sido tu médico durante esta semana – dice al fin, con una sonrisa tranquilizadora, pero su respuesta me provoca un

sobresalto ante ambas afirmaciones.

- ¿Una semana? – acierto a preguntar, abriendo muchos los ojos - No pensaba que hubiera sido tanto tiempo.

- Digamos que has tenido complicaciones, pero se han resuelto todas – sus manos buscan las mías, para estrecharlas con suavidad -. Eres una chica muy fuerte, Lexa.

- Gracias, supongo – intento esbozar una sonrisa, pero yo misma sé que eso no es cierto.

- Supones – Sherezade suelta una ligera risa; se ha dado cuenta de que mi inseguridad es mi propia muletilla – ¿Y sabes dónde estás, Lexa?

Por algún motivo que desconozco, tengo la certeza de que mi respuesta es la acertada.

- En la Academia, ¿cierto?

La médico asiente, frunciendo los labios, ligeramente impresionada. Pronto, sus ojos se achican, mirándome curiosa.

- Efectivamente, así es – se lleva una mano al mentón, pensativa, pero no despega la mirada de mí – ¿Y sabes lo que es?

- No.

En ese momento, el rostro de Cam aparece de nuevo en mi mente; ella me dijo que aquí todas mis dudas se resolverían pero, ¿dónde está ahora ella? Imperceptiblemente, comienzo a temblar.

- ¿Desde qué momento, aproximadamente, recuerdas? – Sherezade se inclina sobre mí, curiosa, pero respetando mi espacio, como si supiera que tengo los nervios a flor de piel.

Inspiro.

- Me desperté en una nave industrial, todo ardía, yo estaba herida y ... Cam me rescató – al finalizar la frase, la voz se me quiebra. No me lo perdonaría nunca si...– ¿Dónde está Cam?

- Está aquí – responde la mujer, sosegada, lo que hace que resople fuertemente de alivio.

- Pero, ¿está bien?

Ahora, la que tarda en contestar es ella.

- Eso intentamos – hace una mueca y, por primera vez, me aparta la mirada –. Mejorará, no te preocupes, pero necesita tiempo.

Bueno, al menos ella está bien, no puedo decir lo mismo del resto.

- Sé que todo esto es muy extraño e incomprensible, Lexa, pero ... - Sherezade intenta escoger las palabras adecuadas, intuyo, para evitarme un shock mayor – Es de vital importancia que me contestes a una última cuestión.

- Claro.

- ¿Recuerdas algo antes de la nave? – su mirada se ha endurecido, no entiendo el por qué, pero parece muy preocupada.

- Sólo fragmentos, a veces llegan a mi mente y se van, pero no sé conectarlos entre sí – me encojo de hombros, casi como si buscara una disculpa ante todo lo que está ocurriendo – . Vienen, de pronto, sin más.

Escucho cómo la mujer resopla, aliviada.

- Eso es alentador – señala, con una sonrisa.

- ¿Por qué? – pregunto, frunciendo el ceño.

- Significa que con tiempo y ayuda de unas sesiones podrás recuperar tu memoria casi por completo.

Sus palabras caen como un jarro de agua fría en mí. Debería alegrarme, tener expectativas e ilusión. Pero sólo siento miedo, miedo atroz. ¿Qué situación tan extrema puede haberme llevado a ser perseguida por un grupo de matones armados hasta los dientes que pretenden por todos los medios matarme? Si sólo eres una chica de diecinueve años, no eres nadie. O puede que sí lo sea. Ante mi mutismo, Sherezade da por concluida la charla y se incorpora de la camilla.

- ¿Tienes hambre? – me pregunta, mirándome por encima de sus gafas de montura.

En ese momento, mis pensamientos desaparecen y un rugir de tripas se alza por encima de la conversación.

- Bastante, sí – digo algo avergonzada.

La mujer ríe, mientras se dirige a las cortinas por las que ha entrado un

rato antes.

- Bien te traeré algo de comer.

Cuando descorre el manto, unos ojos azules como los de mi sueño me miran fijamente desde el otro lado. La cortina vuelve a cerrarse, pero yo no puedo dejar de mirar hacia el punto donde los he visto aparecer. Mi respiración se entrecorta y escucho de nuevo los pitidos, cada vez más altos y repetitivos, de la máquina, anunciando un ritmo cardíaco acelerado. ¿Quién...? Pero antes de que pueda hacerme ninguna pregunta, alguien vuelve a descorrer las cortinas y un chico joven asoma entre ellas, entrando en mi cubículo.

Su mirada se cala en lo más hondo de mi ser y una punzada en el pecho me deja prácticamente sin respiración. Siento cómo los recuerdos quieren florecer, pero hay algo dentro de mi cabeza que se lo impide. Mi gesto se torna en frustración y sus ojos, azules como el mar embravecido, parecen suplicarme.

- Alexandra – su voz es ronca aunque clara, a la vez. La forma en la que sus labios pronuncian mi nombre me resulta tremendamente familiar.

Inexplicablemente, imágenes de rayos y tormentas surcan mi mente. Intento hablar, pero las palabras no logran salir de mi garganta.

- Alexandra, ¿sabes quién soy?